

El Manifiesto

De R. González Pacheco y T. Antillá.

NUM. 5

Buenos Aires, Diciembre 1 de 1912

Int. Institut.
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

20 CENTAVOS

PERIÓDICO QUINCENAL

Correspondencia:
Montes de Oca 1672

Temblemos

Es que somos todos cursis? Tallados en palos falsos? Esculpidos a cuchillo en barro de aluvión, crudo? ¡Temblemos por nuestra raza! Temblemos por Sud América que nos da escritores blancos como Dario, ó á la violeta como ese Gómez Carrillo, ó zurdos monomaniacos que viven pintando de azul sus palos!

Temblemos por Sud América! Una ola de cosas chirles, amarillas, pegajosas como sudores de enfermos, nos amenaza. Una ola de flores blancas, de flujos verdes... Temblemos!

Si el Hombre que soñó Alberdi,—ingerto de roble joven en granito milenar, abierto el pecho al océano como los ríos, capaz de mirar el mundo por sobre su cordillera,—es esta poquita cosa, pintoresca, cursi y fatua, ¡temblemos!

De hecho son los pensadores los más fieles prototipos de las razas. A ellos ha de referirse el progreso de los pueblos. «Hombres-naciones», es de ellos que uno deduce el valor, la fuerza espiritual del medio que los produjo. Son los representativos. Cálices de oro en que han volcado toda su miel las abejas... ¡Y nosotros, Sud América, no tenemos para ofrecer al juicio contemporáneo, como flores, como tipos, más que una fauna escritora desmuñecada!... Temblemos!

Temblemos, sí, pero victoriosamente. Bendigamos los vientos de claridad porque nos tumban los ídolos. Y bendigamos la luz que nos encuentra jadeando á ras de la tierra, y á ellos en sus escarpates, monificados. Si Bendigamos la luz que nos los ha revelado en su realidad de yesos, esculpidos en barro de aluvión, crudo!

Y temblemos. Temblemos de fe en la tierra, de infinita fe en nosotros. Nosotros...

Conversación

Algún diario importante y serio, queriendo sin duda agravar la excoeración que han manifestado los elementos gubernistas ó gubernamentales de todas partes, acerca del acto cometido por Pardiñas con Canalejas, han hecho, á la vez que la disección de Pardiñas que, como siempre, resulta un criminal vulgar, la apología de Canalejas que, como siempre, también resulta una persona llena de encantos y de capacidades, un indiscutible amigo del pueblo, un periodista casi tan bueno como ellos, un domesticador, en fin, de la fiera monárquica que á lo que parece tiene uñas y dientes de acero y es difícil de domesticar...

Este diario serio é importante, que tiene seriedad é importancia casi por medio kilo de papel y que es fácil que con el tiempo nos dé también algún Canalejas de palo para saber lo que

es bueno, creyendo hacer un servicio á la causa que sirve, amontonando abominación sobre Pardiñas é inocencia y blancura sobre Canalejas, da un terrible traspás, al entrar á analizar la obra realizada por Canalejas y al entrar á analizar la razón que pudo haber, en este caso, para el atentado político. ¡Cuidado, señor periodista burgués, mire las zanja! Entrar á considerar la razón para el atentado político, es admitir el atentado político. Y ustedes no pueden admitirlo. Ustedes deben condenar de plano, y sólo porque son tales atentados, todos los exabruptos que se cometen ahora y siempre con todos los gobernantes, sean ó no tiranos. Las razones que se puedan tener para tales actos, ni pueden tenerlas ustedes en cuenta, ni exhibirlas para probar que ha habido exceso, ni menos, como es natural, presentarlas para probar que no ha habido. Para ustedes, todo ex abrupto popular, por justificado que sea, tiene que ser una violencia ó un exceso, condenable igualmente. Ustedes no pueden tener en cuenta para nada lo que el pueblo desea ó ansia, lo que pueda desear ó ansiar en el último ó más miserable de sus individuos; ustedes están para defender y hacer respetar una cosa santa y venerable que es la sagrada magestad de las leyes. De manera que el zar de todas las Rusias debe representar tanta magestad como Canalejas, ó quizá un poquito más, porque ambos representan las leyes que es contra las que se revuelven los pueblos y por las que ustedes le abandonan. ¿Queréis conservar la magestad de las leyes? Admitid, entonces, la ley que sea más de hierro, la ley rusa, la ley argentina... ¿Queréis hacer execrable todos los actos como este de Pardiñas? Pues decid que todos lo oigan: iba contra la ley, iba contra la magestad de la ley fuerte! Pero decir, vosotros, que Canalejas iba á hacer la ley débil, la ley liberal y que por eso no se merecía el atentado, es hacer un flaco servicio á los otros que dejáis suponer que lo merecen: precisamente los que tratan de levantar la sagrada magestad de las leyes, que vosotros tampoco queréis que caiga. Es contradicción de vuestra parte. Es quizá más, es ineptitud, pues mientras amontonáis execración sobre Pardiñas, admitís, ó casi, el atentado político, que tanto os interesa no admitir.

Por otra parte, Canalejas, no era de tomarlo en serio. Más en serio lo tomarán siempre á Maura. Venía á representar en el poder uno de esos piluelos que porque poseen algún atrevimiento y cierta habilidad, para seducir ó enamorar, se creen ya capaces de las obras más serias, difíciles y trascendentales. Esto le mató! Su convocatoria de los ferrocarrileros, llamándolos como reservistas al trabajo militar, á él quizá le pareció una cosa ingeniosa pero, ya se ha visto, resultó una cosa trágica. No es, pues, para que como gobernante, lo tome *La Nación* ni nadie en serio. Como víctima, y como víctima caída como cayó, ya es más interesante.

Serenidad

El gobierno es la sorpresa. Y tanto el que en una sala nos grita ¡fuego! como el que en una emboscada nos revienta un tiro cerca á la oreja, nos copan si nos sorprenden. Lo imprevisible desconcierta por lo que aún hay en nosotros de residual de la bestia. Según que uno lleve adentro ó no, su luz, se asusta ó no de las sombras.

El gobierno es la sorpresa. Vive de los que temen; de los que á su voz de mando, estentórea como un tiro, se le entregan; cuando no sienten que en los talones le nacen alas.

A media luz cualquier cosa es un fantasma. Y lo que aún hay en nosotros de bestias, remacha el clavo. De puro bestias que somos, no la ley, sino el instinto bandido, la filiación del gobierno, su sombra, que imaginamos cuna del rayo, es lo que nos mete miedo.

Mas no nos desconsolamos. El gobierno, en cuanto á bestialidad, nos supera. Sus formas de tiranía son agresiones de bestia perdida, acorralada en la sombra; varetazos en la tierra que si aún encuentran eco en nosotros es porque nosotros somos aún bastantes bestias. Cuando á su aullido de fiera, estentórea como un tiro, le opongamos nuestra serena firmeza de hombres, ya no habrá caso. Su grita y su aparatosisidad que hoy son su esencia y su ética, pasarán á ser como truenos en la escena: episodios pintorescos.

El gobierno es la sorpresa. Descartale lo imprevisible, irradiad sobre su sombra la luz de vuestra serenidad y su esqueteo misérrimo os hará reír. Palabra.

Seamos serenos. Pensemos que más allá de la tumba ó de la cárcel no se cae. Y que es de bestias huir porque á cualquier loco lindo se le antoje gritar ¡fuego! Según que uno lleve adentro ó no su luz, se asusta ó no de las sombras... Serenémonos.

Losiempremásjoven

Sólo la vida es joven, sólo la vida es eterna, ha dicho Barrett. Ninguna forma está destinada á perdurar, ni aún esa que ahora nace y promete fructificación más fecunda que la de los árboles que ya otoñan, sino que por el contrario todas están destinadas á renovarse, á producirse en nuevas formas, más perfectas ó imperfectas, que ésto es sólo cuestión de apreciación. A los que vamos ya para el otoño, para la desencarnación, para el amohosamiento y la pérdida, por fin, de nuestro cortante filo—la herramienta se ha gastado podando y hachando sin tasa—nos parece, quizá, que la vida hace bancarrota, porque contemplamos que los que recién vienen manejan inexpertamente sus aceros nuevos, y desconfiados y pesimistas, abrigamos los más serios temores porque aprendan al fin á manejarlo, no pudiendo comprender, puesto que no nos queda ya filo, que los jóvenes lo gasten, lo derrochen locamente, y en experimentaciones ridículas ó en probaduras, si á más no viene...

Todos los bancarroteros de todas las

cosas, de Stirner á Brumétiere y ahora á Ricardo Mella con «la bancarrota de las creencias», son de un practicismo economizador de filo que hace pensar cómo estarán sus hacías! Todos los bancarroteros de todas las cosas, no pueden impedir tampoco que ellas nazcan de nuevo en los botones nuevos... Nada hay bancarroteado, á nada se le ha asestado aún el golpe de muerte: ni á los locos idealismos que siguen hoy tan locos como el primer día del mundo, ni á la fuerza sublime, necesariamente renovada y joven, que los acompaña. Las mismas cosas subsisten transformadas. Y puesto que lo perdurable no es la leña de los árboles, que es lo que por nosotros vemos podrirse ó caer, sino la vida, no nos es permitido cantar la bancarrota de ésta por un leño seco. Siempre habrá gente joven y sin experiencia, fibras frescas, que se complazcan en tener en sí mismas fe, en tener creencias, y en cuajar un acto, un hecho revolucionario como un acto ó un hecho de amor. En el sentido de bancarrotear á éste puede decirse que nada han conseguido las razones más prácticas del matrimonio. Como en el sentido de bancarrotear el idealismo, nada podrán conseguir las razones más práctica de la sociología. Nos atenemos á éstas como se atienen otros al matrimonio, pero sin abandonar el amor. Este es nuestra fuerza de jóvenes. Otra es la fuerza de lo práctico para los que ya son viejos y están dejados de estas cosas.

Y perdonemos Mella porque ni aún somos los más jóvenes. Por debajo nuestro, con doble fuerza de la nuestra, otros más jóvenes que nosotros nos acusan ya de economizar nuestros filos, esto es de amar menos. Quizá si se está elaborando una humanidad nueva, una humanidad más joven, más ágil que la presente, los siempre más jóvenes tengan razón, posean ya su secreto, mientras nosotros no hemos encontrado aún la fórmula. Nosotros vemos todas las bocas, todas las mandíbulas, como otros han visto todos los microbios y otros todas las limitaciones que debe tener en cuenta cada uno para asentarse sobre la realidad su ideal.

Vemos el lado negro. Falta ahora los que vean la vida con claridad, los que la vean abarcadoramente; y limitada como es, llena de bocas, trampas, mandíbulas, proclamen el más alto vivir á que se puede aspirar dentro de ella. Que es á todo lo que podemos aspirar.

El apólogo

Araba el mosquito...

Porque le llevaba el bucy, y no en aparecería, en amistad de amigos, sino porque ni le notó siquiera al tomar para los surcos, iba arando el mosquito. A cuantos encontraba á su paso y le preguntaban por su salud, les respondía: «Aquí estamos, amigo, arando». Y lo que estaba, el pobre, era por ser arrancado del lomo en una ráfaga...

Araba el mosquito. Tieso se tenía sobre el lomo de la bestia, en cuanto se le permitían las ráfagas, y tieso juzgaba, verificaba la obra que iba realizando el arado. Seguro que se

decía: «Tengo más fuerza que una mula». Quizá se decía también: «Tengo más fuerza que dos mulas».

Por lo demás, esto no era muy extraño, entonces. Por aquel tiempo el doctor González componía sus fábulas de Lafontaine y Samaniego y decía también a los conocidos: «Aquí estamos, amigo, componiendo fábulas». Por el mismo tiempo las hermanas se sacaban los calzones y los hermanos tenían las cintas... No existían las incompatibilidades que existen hoy. El que subía al lomo de una bestia que arrastraba un arado, araba. Y todos decían: «Aquí estamos, amigos, arando».

Arar así había llegado a ser el ideal de todos. Se vivía en pleno apólogo. Y qué más? Que de repente se cortó el encanto. Que la comisión pro-honor a la Pirámide de Mayo que pensaba tener de una cinta mientras se sacaba los calzones, queremos decir, mientras se la transportaba, para poder decir, como el mosquito: «Aquí estamos, amigo, transportando la Pirámide», se encuentra con que repentinamente se suprimen los apólogos y no tiene ya qué hacer...

¡Tengan paciencia! Otra vez será.

Liberalidad

Los que han tumbado dentro de sí mismos todas las viejas ideas que los hacía esclavos del prejuicio, los que lo han arrasado todo, los que han quedado libres y limpios, como el campo sin malezas, los que han vuelto a ser una tierra virgen, una tierra que puede producir conscientemente, necesitan poblarse de nuevo, llenar de nuevas semillas los surcos ávidos de producir, crear, en fin, vida nueva, renovar, en fin, ó remozar la vieja vida. El análisis, la crítica, obran como el fuego de un incendio en un campo de vegetación tupida... Y una nueva vegetación, una flora inesperada y nueva que hasta entonces estaba debajo de la tierra, sofocada, oprimida por la vegetación dominante, nace después del incendio, transformando la fisonomía del campo. Es así como nuestro análisis, nuestra crítica a la sociedad burguesa como un fuego destruye ó consume toda la sociedad. Pero este análisis, esta crítica, este incendio no consume de una vez para siempre toda vegetación, hasta la futura, sino que abatiendo la existente, deja limpio el terreno para la que está enterrada y no ha nacido aún. Por más que hagamos, por más que nos esforcemos, no podremos mantener mucho tiempo limpio el campo. La lucha contra las nuevas plantas ó las nuevas malezas que entre las cenizas mismas de las anteriores quieren apuntar, es una lucha sin objeto si por nuestra parte no pensamos sembrar otras semillas... Pero es que pensamos, si señor! Es que cuando pusimos fuego a la maleza, teníamos ya el pensamiento de las plantas buenas que las habían de reemplazar. Es que no se combate a la maleza por tener los campos limpios sino por tenerlos mejor ocupados. Ahora si todo lo que nace de la tierra puede ser considerado una maleza porque agota, chupa a la tierra, pueden dejar que se agote estérilmente si lo creen mejor. Bien pensado todas las cosas tienen una voluntad hostil, como le agradaba decir a Schopenhauer. El beso de las mujeres nos muere en la médula, la luz que vemos nos gasta los ojos, el aire que respiramos está cargado de puñales que nos darán la muerte, la pelea y la lucha nos conducen frecuentemente a la cárcel y alguna vez al martirio! ¡Glo... Vivir es así: devorar y ser

devorados. Pero, por más que hagamos, por más que evitemos alguna que otra boca ávida de nuestra carne, no podemos sino retardar el ser devorados. Los gusanos nos esperan. Y mientras, lo que vamos ganando en extensión lo perdemos en intensidad.

«No queremos ser mártires, dicen los compañeros de *l'anarchie*, para no apoyar una activísima campaña antimilitarista; bastante tenemos con ciudadanos!» Efectivamente: bastante tienen...

¿Pero no es ésto ser mártires? ¿No es un martirio el del enfermo que tiene que vivir constantemente cuidándose para extender su inútil vida?

Al contrario. ¡Seamos mártires! Viva-mos intensamente! Que nos devore más bien una boca de mujer que una boca de gusano. Que nos gaste más bien la acción que la inacción. Que el gallardo descuidar nos dé caza en una emboscada. más bien que las penas y los cuilados nos maten a sobresaltos.

Hay que ser más liberales con todo.

(Recorte)

Trabajadores! ¿Por qué trabajáis para los señores que os esclavizan? ¿Por qué tejéis, con tanto afán y cuidado, los ricos trajes que han de vestir vuestros tiranos?

¿Por qué alimentáis, vestís y defendéis, desde el nacimiento a la muerte, á esos zánganos ingratos que chupan vuestro sudor y beberían vuestra sangre, si pudieran?

¿Por qué, abejas de la Tierra, forjáis armas para que miserables zánganos utilicen el fruto de vuestra labor?

¿Tenéis por eso descanso, comodidades, tranquilidad, abrigo, alimento, cariño?

¿Qué es, entonces, eso que compráis tan caro con vuestro dolor y vuestro sometimiento?

Sebrad, pero no dejéis que los tiranos recojan. Enriqueced, pero no á los impositores. Tejed vestidos, pero no para los ociosos. Forjad armas, pero para vuestra defensa.

El grano que sembráis, otros lo cosechan; el oro que desenterráis, otros lo atesoran; las telas que tejéis, otros las ostentan; las armas que forjáis, otros las esgrimen.

Os apartáis en cuevas, en antros, mientras en las espaciosas mansiones que levantáis habitan otros... ¿Por qué sacudís tristemente vuestras cadenas? No os dice nada su acero que vosotros templasteis?

Con el arado ó con la azada, con el telar, cavad la sepultura de vuestros tiranos y tejed su mortaja... Vosotros para quienes la bella Tierra es un inmenso sepulcro!

Shelley.

Basterra

A juzgar por lo que de Basterra conocíamos, que era muy poco—alguno que otro artículo deslomado que en la misma prensa burguesa, que es tan mala, aparecía como despegado—no creíamos á Basterra ni tan completamente polbre diablo, como nos lo ha revelado ahora su periódico *El Cuento del Tio* que sacaba en 1902 y que á propósito para que nos demos cuenta, nos han remitido del Paraguay con una sabrosa carta, ni le creíamos tan fatuo, tan vanidoso, teniendo tan poco ¡pero tan poco! de que darse corte... Pobre Basterra, pobrecito! ¡Qué mal, qué enorme mal hubiera sido para nosotros, los anarquistas, que Baste-

rra no se hubiera ido, que Basterra se hubiera empeñado en no querer irse, que hubiéramos tenido que seguir leyendo á Basterra anarquista, como no puede leerle nadie ya, ni por apuesta, en sus reportajes imbéciles, á otros imbéciles como él, en alguna de las más pobrecitas hojas del periodismo burgués!

¡Qué pedante! ¡qué fatuo! ¡qué descastadura tan lamentable! ¡qué insecto! ¡qué tartamudo! ¡qué enredado en las cuartas! ¡qué chupatintas! ¡qué amigo de refregarse! ¡qué **lambedor!** ¡qué girador en blanco! ¡qué farsante! ¡qué poquita cosa! ¡qué cuajo! ¡qué estómago! ¡qué farabute! ¡qué falluto! ¡qué foliculario! ¡qué fondón! ¡qué Maturana á la rústica! ¡qué pelele! ¡qué calzonudo! ¡qué manera de pedir pan! ¡qué manera de pedir pan! ¡qué ladrar y salir disparando! ¡qué **mancarrón!** ¡qué coscoja para un freno! ¡qué carnero para un topazo! ¡qué periódico para Basterra! ¡qué antecedente para Figueroa! ¡qué recomendación para **P B T!** ¡qué vergüenza para la familia! ¡qué oprobio para los otros vascos! ¡qué argolla para un maneador! ¡qué tiritos para acreditarse! ¡qué perro para un hueso! ¡qué mascada para largarla! ¡qué pedestal para una estatua! ¡qué cosa para la farra!...

«Cuando Luis Barzini, enviado del *Corriere della Sera* llegó á Buenos Aires, Julio Castellanos, que hoy está en *La Nación* y que entonces, como yo, trabajaba en *Caras y Caretas*...

«Estábamos tomando te el señor Mayo, el joven Cándido Villalobos, creo que también Luis García y Aurelio Giménez...»

«¡La policía! A mi mismo me tomé preso. Y á mi que soy *antialcoholista*, se me quería hacer pasar por ebrio consuetudinario...»

«Yo no me quejé á nadie, ni á los diarios siquiera. El diputado Olmos me visitó y le enteré, á él únicamente, del cretinismo policial. No, no me quejé. Yo no creo en la justicia legal. Pero, ¡eh!... estuve esperando á que se intentase prenderme de nuevo... Con mi libertad se juega una vez; así y todo hay que valerse de medios viles, engañarme como lo hizo el agente espía. Yo, ni hoy ni nunca me presto á los *titeos* de la comisaría de investigaciones...»

«Pero esos pobres extranjeros á quienes se les trata de *gringos* por los cuatro costados, palabra que sólo es injuriosa por el sentido que se le da, antes de que la prisión injusta se produzca, antes de que la mano vil de un esbirro caiga sobre ellos; esos pobres extranjeros, no, no son como yo; sufren y aguantan, y vuelven á sufrir y á aguantar, y torna y vuelta, y... siempre lo mismo...»

Y torna y vuelta: ¡qué cuajo! ¡qué tupé! ¡qué cara dura! ¡qué mal escrito! ¡qué tornado! ¡qué lunático! ¡qué cuchillero! ¡qué peligro para la policía! ¡qué conquista para los burgueses! ¡qué renuncio! ¡qué vuelta y torna! ¡qué garrote! ¡qué ¡eh! más mal colocado! ¡qué tomar té en aquel tiempo!

Y torna y vuelta: ¡qué chupatintas! ¡qué Basterra! ¡qué *antialcoholista!* ¡qué vuelta y torna!

Verdad

Acabaremos por libertarnos de todos los prejuicios, acabaremos por ser ilimitadamente conscientes que será ser ili-

mitadamente verdaderos. Hoy, para cualquier lado que se mire, se nota que falta verdad en todo, hasta en las más extremas manifestaciones que pasan por ser los frutos de oro de la cultura, porque falta conciencia. Viejo Almafuerte, que echas á volar como bruñidos discos tus apóstrofes para que relampagueen un instante al sol y recreen y diviertan á los poderosos, te falta verdad, porque como todos los Jesuses de ahora, eres pagado en espléndidas monedas, porque eres apenas un número en la sobremesa del rico y no el doliente, el blanco Jesús, que se hizo crucificar por el pueblo... Planta americana, planta yerbácea, ó mejor, yerba crecida en árbol, como el seibo ó el ombú, tu madera es fofa y no arde en el fuego del pobre. No eres verdadero. Eres una mistificación. Eres la más mala, la peor de las mistificaciones: la mistificación literaria...

Acabaremos por libertarnos de todos los prejuicios; por libertar nuestra inteligencia y nuestra razón de todas las viejas tiranías; por condicionar, por nosotros mismos, nuestra verdad; por ser ilimitadamente conscientes que será ser ilimitadamente verdaderos.

(Recorte)

La policía es un poder que escapa al contralor del pueblo, aunque se trata del más temible instrumento de abuso. Los mismos representantes parlamentarios se hallan bajo el imperio de su vigilancia. El honor y la libertad de todo ciudadano dependen de su documentación secreta. No hay virtud que resista á sus asechanzas. Todo el mundo sabe que, más ó menos, el vicio y el crimen la subvencionan, de manera que no los persigue sino cuando le conviene. El pueblo aborrece por lo regular á la policía. Teóricamente es sin embargo, el soberano á quien ella sirve; y prácticamente, el que paga ese instrumento de su propia opresión.

La justicia procede con mayor absolutismo todavía. Además de su inamovilidad, no es el pueblo quien nombra los jueces. Tampoco puede nada contra sus abusos. El pueblo es la víctima indefensa del juez, en la realidad de las cosas. En la teoría democrática, el juez es un delegado del pueblo, como todos los demás funcionarios...

El ejército constituye una casta aparte y superior al pueblo, al pobre soberano que delega y que paga. Y así sucesivamente. Toda la institución del gobierno, fundada teóricamente en la soberanía popular, es prácticamente la negación de dicha soberanía. Hay, al respecto, una prueba concluyente. Cuando ese principio de la soberanía tuvo cierta importancia práctica, porque á los políticos liberales les convino dársela para alcanzar el gobierno, la Iglesia lo condenó. Más ahora, demostrado ya por la práctica que aquellos políticos encumbrados al gobierno son exactamente como los otros; es decir, restaurado por la república ó por las instituciones representativas el imperio del dogma de obediencia, el principio de autoridad, que es lo interesante para la Iglesia, ésta reconoce sin dificultad la república y las instituciones representativas basadas, sin embargo, en aquel mismo principio. Pero basadas teóricamente, es decir, reducidas á meras «formas» de gobierno con las cuales es compatible el principio de autoridad ó dogma de obediencia, tan intacto como antes bajo los regímenes absolutistas.

Leopoldo Lugones.

De nuestra Prensa en el Extranjero

Definiendo el ideal anárquico

Hay quien se cree que el ideal anárquico es como un partido político, religión ó secta. Hay quien se figura que los anarquistas tienen un programa preparado para implantarlo al derrumbarse el régimen actual. Hay quien supone que los anarquistas «comulgan» todos en un mismo credo y que están forzados á seguir la ruta trazada por los «maestros» del anarquismo. Hay quien afirma que los anarquistas forman parte de sociedades «secretas», en donde se sortean para realizar atentados «terroristas».

El ideal anárquico de todo tiene menos de partido ó sociedad, distanciándose completamente del monárquico, republicano, socialista, etc. El anarquista no cree en ninguna clase de autoridad, ni moral ni material, bastándose á sí mismo para gobernarse, creándose su partido personal y haciendo su programa individual, según sus tendencias, su temperamento y su mentalidad.

La única uniformidad que existe entre los que se llaman anarquistas está en los principios generales, en la negación de todo gobierno, en las bases en que debe descansar la libertad individual.

Los individuos que profesan los ideales anárquicos, coinciden simplemente en la manera de pensar, pero no están obligados á acatar ó respetar á otra idea que la que uno mismo cree buena y lógica.

Tampoco los anarquistas tienen una táctica uniforme ni amoldan la propaganda á un lenguaje dogmático, como lo hacen los partidos y las religiones.

Así vemos á anarquistas que se llaman comunistas, otros individualistas, otros evolucionistas, otros revolucionarios, etc. Pero todos los sistemas económicos y todas las tácticas de lucha y de propaganda no tienen nada que ver con la esencia del ideal anárquico. La idea de **sin gobierno** es la libertad moral, y los métodos, tácticas ó tendencias es la libertad material; es la necesidad individual y colectiva al desenvolverse en la vida social.

Hay individuos que no profesan las ideas anárquicas y son comunistas (los religiosos). Hay otros que no creen en el **sin gobierno** y son individualistas (los burgueses). Hay otros que aceptan la autoridad y son evolucionistas (los socialistas parlamentarios). Hay otros que creen en gerarquías y son revolucionarios (los republicanos de barricada).

Estas comparaciones nos prueban que el ideal anárquico es completamente independiente de toda táctica ó forma social, siendo puramente una concepción filosófica que se separa de toda idea material.

Nada hay, pues, que fuerce á los anarquistas á obrar en común, cuando cada uno tiene formado su propio criterio y tiene trazado su plan de acción, agrupándose y dividiéndose según sus necesidades y modo de ser, siendo precisamente el ideal anárquico una garantía de la independencia individual, para que cada uno obre según sus tendencias, sus inclinaciones y sus deseos.

El único principio que une á los anarquistas es la libertad absoluta del hombre, conviniendo todos que esta

soberanía personal es la base de toda armonía y de todo orden social. Pero no se vayan á creer los profanos de la anarquía, que al decir libertad absoluta pretendemos apoyar el abuso y el privilegio, la autoridad de unos pocos sobre los muchos. Para llegar á esta aberración no se necesita cambiar el presente régimen social, puesto que actualmente impera la libertad absoluta de las pasiones, de las ambiciones, del egoísmo, que es precisamente lo que los anarquistas queremos eliminar.

Por libertad absoluta del hombre, entendemos los anarquistas una sociedad equilibrada, compuesta de seres conscientes, que conciben la vida sin la intervención de pasiones, de egoísmos y ambiciones, lo cual es producto de la mentalidad grosera que la falsa educación actual infiltra á los hombres.

La educación anárquica limpia á los individuos de todo deseo de riquezas, de imposición y de dominio, enseñándoles una vida sencilla y rica de goces, adaptando sus costumbres con las leyes naturales, que son las únicas estables y justas de la tierra.

La libertad verdadera estriba en la posibilidad de las cosas y no en la imposibilidad. Por ejemplo: el individuo consciente, no deseará un objeto que en aquel momento lo esté usando otro individuo, ó no se propondrá realizar un acto que pueda perjudicar la libertad ajena. Y teniendo una concepción clara de la vida social por su modo de ser y de obrar no se le ocurrirán ideas que estén en desacuerdo consigo mismo, no dando lugar á que cometa actos que pudieran perjudicar al resto de la comunidad.

La libertad anárquica significa el goce de todo aquello que es posible gozar dentro de las posibilidades materiales. Es la vida verdadera del hombre libre, sin trabas, ni leyes escritas, ni morales impuestas.

Juan Cortada.

De *Cultura Obrera*, New York, E. U.

Desigualdades biológicas y económicas

En un libro que me excuso de no haber leído (ya he dicho otra vez por qué no leo más las obras del profesor Grasset, de Montpellier) este eminente patólogo, que se imagina haber resuelto un montón de cuestiones sociales, ha escrito lo siguiente: «La desigualdad de los hombres entre ellos es una ley biológica ineluctable. En una sociedad bien organizada, es preciso, luego, que haya desigualdad entre los diversos hombres».

El caso del profesor Grasset no es único y muchas personas creen con él que la desigualdad (de la cual se aprovechan) es, en efecto una ley natural. «Ved, nos dicen, esos grandes, esos pequeños, esos débiles, esos fuertes, esos inteligentes, esos idiotas: ¿quisierais que todas esas desigualdades naturales (insisten sobre la palabra) se resolvieran en una igualdad total y general? Es irracional é imposible».

Es de tal manera irracional é imposible que no es eso lo que queremos; nadie, que sea razonable, ha podido decir que una sociedad normal daría la igualdad física á todos los individuos. La naturaleza es demasiado madrastra é injusta. Lo que exigimos es que las condiciones sociales no agraven la desi-

gualdad física y reclamamos con vehemencia la *igualdad económica* porque estamos persuadidos que la igualdad económica atenuará, en la medida de lo posible, las desigualdades físicas.

Solamente una sociedad que asegure á todos sus miembros la igualdad económica, nos parece una sociedad justa y equitativa.

Podemos asombrarnos de oír al profesor Grasset proclamar que la «desigualdad de los hombres es una ley biológica ineluctable», cuando, mejor que cualquiera, el sabio maestro de la Facultad de Medicina de Montpellier, conoce la influencia desastrosa de la miseria, del alcoholismo, del *surmenage*, sobre los productos de la concepción, y cuando él sabe, como todo médico que no se satisface con cuidar de la salud de los millonarios, solamente que la mayor parte de las desigualdades físicas que castigan á los niños y los perseguirán durante toda su vida provienen de la desigualdad económica en que se han encontrado sus padres con relación á los otros niños más robustos y favorecidos.

La cuestión es demasiado interesante y demasiado llena de consecuencias prácticas para que la abordemos con algunos detalles.

En un artículo del *Réveil Socialiste-Anarchiste* (de Ginebra) he enumerado una buena parte de las contingencias sociales que colocan en estado de inferioridad al niño pobre frente al niño rico: mala higiene y *surmenage* de las mujeres en cinta y de las nodrizas, alojamientos insalubres, cuidados propios difíciles é imposibles, alimentación insuficiente ó malsana, etc., etc. No volveré sobre esta cuestión de nuevo, limitándome á añadir aquí el trabajo prematuro, al que muchos de entre ellos son obligados.

Comparando niños pobres á niños ricos ó acomodados, hijos de obreros á hijos de burgueses, el profesor A. Niceforo ha constatado que los hijos de burgueses aventajan á los hijos de pobres en todos los caracteres físicos: talla, peso, perímetro torácico, fuerza muscular, resistencia á la fatiga, circunferencia del cráneo, altura de la frente, capacidad del cráneo, peso del encéfalo. Los niños ricos presentan el más alto grado de desarrollo físico; los niños pobres el grado más bajo y los de la clase media un grado medio. Los diferentes grados de desarrollo físico corresponden así á los diferentes grados de condición social.

«La fisonomía del hombre pobre—dice Nicéforo— presenta un conjunto de caracteres físicos que la diferencia de la fisonomía afinada, armónica, y alguna vez aristocrática del hombre acomodado de la misma raza. Una especie de miseria fisiológica común á todas las fisonomías de los hombres pertenecientes á las clases pobres, los cubre con una máscara física uniforme. Al lado de los tipos individuales, de los tipos de familia y de los tipos de raza, podría creerse que existe un *tipo de clase*, tipo de fisonomía común á todos los individuos que pertenecen al mismo estado de miseria económica y fisiológica».

Las anomalías y estigmas de la degeneración (frente fugitiva, prognatismo, asimetría) son más frecuentes en los individuos de las clases pobres que en los que pertenecen á las clases ricas ó acomodadas (Nicéforo).

Las diferencias físicas constatadas en los niños no desaparecen con la edad; subsisten en los adultos con los

mismos caracteres; —por ejemplo, la talla media de los adultos es más elevada en los ricos que en los pobres. «La miseria, bajo todas sus formas, puede traer como consecuencia una reducción de la talla, dice el profesor de antropología Laborowski. Se podría demostrar lo mismo que el acrecentamiento del bienestar aumenta sensiblemente la corpulencia y la estatura de un pueblo». Auclét y Villermé han establecido que la talla de una población está en razón directa con el bienestar, los recursos de alimentación, de higiene, etc. M. Jacques Bertillon ha llegado á las mismas conclusiones. «No sería temerario afirmar, dice Nicéforo, que los individuos que componen las clases pobres se encuentran con relación á los individuos acomodados del mismo país, de la misma edad y de la misma raza, en una manifiesta condición de inferioridad física».

Todas las formas de la sensibilidad física ó moral, se encuentran menos desarrolladas en los individuos de las clases pobres que en los de las clases ricas ó acomodadas (Nicéforo).

Los pobres presentan también una inferioridad fisiopsíquica.

El estudio etnográfico de las clases pobres nos demuestra, por otra parte, que «el grupo formado por las bajas clases sociales es un grupo en el cual la civilización, desde el punto de vista psicológico y material, se encuentra en un estado que recuerda el de las poblaciones primitivas»; y que «estas bajas clases sociales forman hoy día, en el seno de la sociedad moderna, una especie de sociedad atrasada y detenida, una sociedad aparte, con sus caracteres etnográficos que le son propios»; que «la psicología de los individuos de las clases bajas es de un tipo inferior y no completamente evolucionado» (Niceforo).

Cuáles son, entonces, las causas de la inferioridad física y psicológica de las clases pobres?

Los hombres que se encuentran en el extremo de la escala económica y social, se encuentran en ese estado porque son física y psicológicamente inferiores?

Dicho de otro modo: la inferioridad física y psicológica es la causa y la miseria, el efecto? ó bien, el medio social es la causa y la inferioridad física y psicológica, el efecto?

La respuesta á estas cuestiones nos la da el estudio de las condiciones materiales de la vida de los pobres.

He aquí una obrera en cinta, agotada por el trabajo, alimentada insuficientemente durante el periodo de su preñez; no puede nutrir á su hijo con su leche y debe hacerlo criar artificialmente por una extraña. He aquí un niño en estado de inferioridad biológica y esta inferioridad biológica es el efecto de la inferioridad social de la madre.

«Es incontestable, dice Niceforo, que los numerosos estigmas de degeneración que se imprimen sobre la gran masa de los hombres pobres, son generalmente, el efecto y no la causa de la miseria. La miseria no se limita á transformar la naturaleza física del pobre, por una tortura que se sigue de los padres á los hijos; transforma también la psicología de los hombres pobres. La inferioridad física proviene de las condiciones materiales de la vida y muy especialmente de la alimentación, las condiciones del trabajo, la falta de reposo, las condicio-

nes del alojamiento y de la vida higiénica. La inferioridad psíquica proviene desde luego de esta misma inferioridad física producida por el medio y después por la degeneración de la sensibilidad, por las condiciones psicológicas de la vida en los talleres y en las casas, que conducen a una detención del desarrollo en la ontogenia psicológica del individuo. Todos estos hechos, en último análisis, tienen sus raíces más bien en el medio económico de la sociedad moderna que en la estructura del individuo. (Nicolóforo).

Así, la desigualdad social es efecto de la desigualdad biológica.

No puede decirse, entonces, que los hombres son fisiológicamente iguales? No tienen las mismas necesidades fisiológicas primordiales? El hijo de la pobre obrera tiene menos necesidad de cuidados que el hijo del rico banquero? Plantear la cuestión es resolverla.

M. Clair

De *Les Temps Nouveaux*, París, Francia.

Palabras y actos

De vez en cuando aparece entre nosotros quien razona que haciéndose imposible, en esta sociedad, ser completamente coherente con las propias ideas, no vale la pena ser coherente siquiera en parte, en las pequeñas cosas, ó escoger de dos males el menor, cuando es fuerza escoger.

Si, el medio social nos sofoca y nuestra acción contra él es una verdad limitada. No obstante, esa acción existe, consciente ó inconscientemente. Las condiciones materiales é históricas, fruto de una evolución anterior, son el terreno donde germinan nuestras iniciativas, y éstas á su vez influyen en la evolución y sobre el medio ó el ambiente social. Entre los individuos, entre el individuo y el medio, hay una acción y reacción continua, un entrecruce enmarañado de ideas y de hechos, de grandes y pequeñas revoluciones.

Para romper el círculo de hierro que nos oprime, nosotros, habiendo ya recibido la influencia de una serie de ideas y de hechos, obramos sobre el medio, sobre los otros, procurando tornarlos conscientes de la transformación necesaria. Las fuerzas crecen, se coordinan, vibran, porque no están en suspenso para estallar súbitamente en un acto único y solitario. Hay un ejercicio permanente. Y valen sobre todo los hechos, aunque sean mínimos, porque las ideas, reducidas á simples palabras, sin el comentario del ejemplo, se evaporan fácilmente. He ahí porque nos agrada la «acción continua, incesante, que crea el hecho».

Sin duda, en la mayor parte de los casos somos impotentes contra el medio social, especialmente en el aislamiento. Más ¿por qué despreciar las cosas mínimas, en las cuales se hace ejercicio de coherencia y que reunidas constituyen las grandes? Seamos coherentes según nuestras fuerzas. Cuando hablamos de poner de acuerdo los actos con las palabras, no nos referimos más que á producir el esfuerzo, la *tendencia* á ello. Rechazamos lo absoluto. No hay más que un bien mayor ó un mal menor. Nuestra vida, nuestros actos y teorías, no asien-

tan sobre relatividades, distinciones, diferencias de grado?

Si pedimos un sincero esfuerzo en la propaganda por el ejemplo, si procuramos hacer el aprendizaje de la iniciativa y la tolerancia, aunque más no sea en las pequeñas cosas, por ahora gno contribuímos á la preparación de una sociedad de sinceridad y tolerancia? ¿No vibrará el medio que nos rodea con las ondas concéntricas de nuestro acto?

Somos deterministas y justificamos ó explicamos todos los actos. Pero, por eso mismo, queremos determinar, dar á cada uno un sentimiento, no de su responsabilidad moral, de su libre albedrío, sino de su participación en la vida social, en el medio de que él es miembro integrante. Decimos al individuo: Eres actor en la comedia ó en el drama social; tal papel es nocivo á los intereses solidarios de todos, tal otro es útil. Por este medio contribúis para el bien tuyo y nuestro y poraquél otro para el mal nuestro y tuyo. Sufrirás la reacción natural de tus actos. Ejercita tu voluntad; no te juzgues un fantecho.

No aconsejamos el sacrificio de la vida, el heroísmo, porque eso no es cosa que se predique, ó no ser con el ejemplo. Pero aconsejamos el esfuerzo continuado y sincero, y el esfuerzo nada tiene de absoluto.

Ciertamente, no siempre es fácil distinguir entre los actos útiles, inútiles ó perjudiciales. La vida es compleja é irreducible á fórmulas matemáticas y nuestro interés, nuestro estómago, entran preferentemente en la discusión de las cuestiones más vitales, imprimiendo á la lógica desvíos singulares. Para obedecer á la imperiosa necesidad de vivir, bien que incompletamente, sometémosnos, y para tranquilizar nuestro espíritu procuramos naturalmente justificar nuestra sumisión. Inventamos una lógica, edificamos una teoría y cedemos al lisonjero placer de acreditarla y de defenderla intelectualmente. Sería tal vez mejor aceptar la necesidad simplemente como tal, guardar un silencio digno y dejar seguir, á nuestro lado, el conchado esfuerzo de armonía entre el pensamiento y la acción: — «Felices vosotros que podéis luchar hasta tocar el fruto prohibido de la coherencia! Felices vosotros!»

Pero ¡ay! no siempre sabemos tener la dignidad de esa actitud de silencio y de reserva. Y eso es tan humano!

A través de todas las dificultades, yérguese la noble y fecunda belleza del esfuerzo, que esas mismas dificultades ejercitan.

Procurad cooperar todos en la obra consciente de una transformación que depende de todos y que por lo mismo depende de cada uno. Y cuando vuestra vida, por no haberse desprendido aún lo bastante, os es el insuperable obstáculo para aspirar á la máxima coherencia posible; cuando inclináis la cabeza á las más crueles contradicciones del despotismo, entonces, á la verdad, las teorías cesan...

Huyamos de decir á cada individuo que él es apenas una víctima impotente. No: cada ser humano es una fuerza capaz de acción y reacción, de dar y recibir influencia.

Neno Vasco.

De *A Sementeira*, Lisboa, Portugal.

Pro Domo

LA CONFEDERACION ANARQUISTA

Desconociendo la existencia de una Confederación Anarquista, por desconocer también, durante el tiempo que estuvimos ausentes de esta capital y retirados—por *cobardía* ó por *miedo*, si así se quiere, ó por el fracaso de nuestro diario *Alberdi*, si quieren dejarnos que digamos nosotros—la existencia de un Comité de Relaciones, del cual la actual Confederación es la continuación, el desdoblamiento, el retoño, «el brote ó la rama espúrea y sarmentosa; no estando enterados de nada, viniendo á hacer aquí nuestra obra cuando lo tuvimos por conveniente y tuvimos con qué empezarla—ó cuando volvimos á tener «coraje», si así lo quieren los que creen tener derecho á criticar nuestro valor, que se creen de «arriba», porque hasta ahora no hablaron de coraje y de valor sino de arriba — ni pensamos que los anarquistas de Buenos Aires podían haber realizado tales progresos que ya estuvieran constituidos en trust, sociedad ó compañía anónima, y menos, como es natural, imaginamos siquiera que para poder sacar nuestra hoja, teníamos necesidad de recabar el «visto bueno» de nadie, individuo ó institución. Vinimos á propagar simplemente, á propagar como habíamos propagado antes, á reanudar una obra interrumpida—y ya hemos dicho que no queremos hacer cuestión por esta interrupción que significa sólo un breve espacio en la vida nuestra:— á aumentar, ó á abultar, si resulta que lo que damos es paja en vez de ser grano, la obra diversificada, abarcadora de los anarquistas del mundo entero; vinimos á esto, sencillamente, y no á curar, que nosotros no curamos, de instituciones más ó menos orientadas ó desorientadas, de instituciones que no nos han parido y que mal pueden venir á enderezarnos, á censurarnos á mezclarse con nosotros, ni para que le recibamos plata, y le firmemos el recibo como á cualquier particular! ¿Qué se han creído? ¡No y no y no! Como desconocíamos antes su existencia, cuando por las nuestras vinimos á sacar EL MANIFIESTO, á hacer lo que nosotros podemos, desconocemos ahora su derecho á escamotearnos la orientación que es de todos, á agarrarse la dirección, que los anarquistas no se la vamos á dejar agarrar á nadie, por más Confederación ó por más compañía anónima que sea.

Esta Confederación, ó sociedad anónima limitada, en un «Boletín» que publica, y por el que hemos venido á saber su existencia, nos alude ¿cómo nos alude! pues amén de hablar mucho y anónimamente del poco tiempo que hemos estado alejados de esta terrible ciudad, en que tantos compañeros que taron dando la cara por *La Protesta*, y por el ideal y por la propaganda, hasta que ésta ha vuelto á tomar una especie de ciudadanía, debido á la voluntad, al esfuerzo y también á las víctimas que han dado los anarquistas para conseguirlo y á las que están dispuestos á sacrificar para conservarlo; pues amén de reprocharnos que dejáramos el campo, con una prudencia y un miedo y un terror pánico, por lo menos tan grande como el de ellos, que si ahora tienen miedo y se ocultan, entonces tenían más miedo y se ocultaban más, nos acusan, ¡y cómo nos hunden! de haber vuelto ahora, cuando ha pasado ya todo peligro, y cuando desmintiendo afirmación tan tranquilizadora, se niegan obstinadamente á salir ellos de sus cuevas!

Porque es de advertir que este gobierno que nos ha tocado en suerte á los anarquistas es anónimo y por lo tanto tiene sobre los demás gobiernos de la tierra la gran ventaja de ser inatentable, incoercible, como la luz y el aire.

Este gobierno tan torpe que, de entrada no más, no tiene reparo en meterse con los pobres anarquistas que estaban trabajando sin saber nada, pretendiendo desautorizarlos nada más que porque ellos son Confederación y nosotros no somos nada, quiere hacer una acusación del hecho de que nuestra propaganda sea una propaganda de ideas; y el gusanillo, en seguridad bajo la tierra, tiene una sonrisa mefistofélica contra la vida plena y amplia que triunfa sobre la Tierra, al haz de los más altos árboles, proclamando que no hay *Anarquía Triunfante*, como lo dijo Lorenzo, porque en primer lugar ellos no han podido triunfar de su propio miedo...

Se comprende que el solo enunciado de una Confederación Anarquista, en tales términos, es contrario á la idea anarquista, que admite en toda su amplitud la inspiración personal; se comprende que no aceptemos tal gobierno, tal dirección, ni para organizar nuestra acción para lo que cada uno somos una Confederación macanuda, ni para relacionarnos, combinar cualquier acción de propaganda con los demás anarquistas del mundo entero, para lo que nos bastamos suficientemente y no necesitamos intermediarios. Y cuando estos intermediarios, que no se sabe quienes son y pueden ser muy bien policías, por si mismos quieren erigirse en orientadores, nosotros los rechazamos. Desautorizamos, pues, esta Confederación é invitamos á todos los compañeros que piensan como nosotros á que la desautoricen igualmente, pues nuestra vida entera de anarquistas está dedicada á impedir toda centralización, á pretexto de lo que sea, para asegurar con la descentralización el éxito de los individuos libres con ganas de trabajar — que serán, en definitiva, los que hagan algo...

LA ENTENTE

No hay tal entente de los anarquistas con el gobierno. Esto es una acusación infame. ¿Creen los compañeros que esto han dicho que si ellos han sido desterrados de este país para otros países, y han buscado un asilo y no los han echado de Montevideo, podemos suponer nosotros que haya una entente también entre ellos y el gobierno uruguayo? ¿Creen? ¿No creen? ¡No hablen, entonces! No pretendan que el movimiento revolucionario, que se hace como se puede, no se haga desde aquí, desde donde es preciso hacerlo. No pretendan que si salen hojas anarquistas á la calle y si la Federación se consolida y reorganiza, es porque estamos entendidos con el gobierno... Sabemos dónde quieren ir á parar con esto; sabemos que tratan de desautorizar todo lo que, mal ó bien, se haga aquí, para conservar ellos su influencia allí. ¡Lo primero, lo más importante, independizarse! Y una vez independizados, una vez bajando por nuestra cuenta, como nos parezca que debemos trabajar, ya tendremos aquí como abonar con obras y con hechos todas las tendencias.

No sean infames ni tartufos. No estamos más entendidos con el gobierno que lo que lo están los anarquistas de todo el mundo para las cosas que es preciso.

“EL MANIFIESTO“

Suscripción adelantada: \$ 1.20 por trimestre

Todos los giros ó valores á R. González Pacheco, Montes de Oca 1672

Rafael Barrett

José G. Bertotto, emigrado en Chile, ha tenido la oportunidad, en el Ateneo de Santiago, de hablar de la vida de Rafael Barrett en el Paraguay, acerca de la cual sabíamos tan poco que, si conocíamos al escritor, al que no puede haber ya quien no conozca en América, ignorábamos al hombre, que es de las dos figuras la más interesante. Bertotto que le conoció y le trató en el Paraguay, cuéntanos sencillamente como era Barrett en el hogar, en la cárcel, en la calle; cómo le conoció y al pronto hubo de pensar en apartarse de él porque aquel hombre le pareció un orgulloso, un despreciador del género humano; cómo después este vanidoso vino hacia él, un primero de Mayo, en una asamblea obrera, y le ofreció no solamente la tribuna para que hablara, sino que le admitió más adelante por su colaborador, haciéndole amar de él intensamente por la grandiosidad sencilla de su talento, todo amor por la causa de los desheredados, por la ausencia absoluta de toda «puse», y sobre todo por su vida que era un modelo de vida anarquista. Respecto de ésta, Bertotto nos suministra algunas informaciones preciosas. Barrett llegó a la Asunción en 1901; ahí comenzó a escribir, al mismo tiempo que se ocupaba de su profesión de agrimensor. Un día, al sentarse a la mesa con su Panchita y su pequeño Alex, estando presente Bertotto, formuló una decisión definitiva:

—Desde hoy, dijo, no vuelvo a calcular. Abandono el lápiz, las matemáticas y el teodolito. ¡Qué! Hablar contra la propiedad todos los días, con fieros repetición, y al segundo medir tierras como océanos y autorizar la exactitud de sus límites, ¡no!

En seguida rompió con *El Diario*, donde le rechazaron un artículo de conclusiones anarquistas. Quedóse, pues, tuberculoso ya y con la doble carga de su Alex y de su Panchita, en medio de la calle, sin ningún ingreso. Pensó dar lecciones y publicó un aviso, ofreciéndose como profesor de matemáticas, física e ideología general, pero no tuvo discípulos. Barrett no alteró lo más mínimo su vida por esto. «Debieron padecer hambre», dice Bertotto, pero nunca pudo saberlo por confesión de Barrett. Y una noche que lloró pensando que no habían comido y que para Barrett, tan castigado por la tisis, no comer era morir, su enternecimiento solo sirvió para que algún tiempo después se le recordara cariñosamente éste. «Se acuerda usted de haber llorado una noche que creyó que no habíamos comido?», le dice en una carta. La miseria de Barrett no fue nunca lastimosa. Como su enfermedad, la padeció valerosamente. Cuando fue expulsado del Paraguay y enfermo y sin medios hubo de ingresar al lazareto de tuberculosos de Montevideo, escribió sencillamente: «Un físico no es plato de gusto... La gente tiene un inexplicable miedo a morir». Esto es lo que no le han perdonado algunos a Barrett: que no se quejara, que no desmayara nunca, que fuera tan poco espectacular... Le creían orgulloso por esto; quizá creían ver también en su vivir tan duro una protesta y una crítica contra el vivir contemporáneo. No hace mucho que se publicó en *Ideas y Figuras* la carta en que Aurelio del Hebrón, con toda la petulancia de la salud sin esfuerzo, pretendía darle consejos a Barrett. Barrett le respondió ferozmente: «La enfermedad es la salud de los microbios».

Las páginas con que completa Bertotto el cuadro del hogar de Barrett en la

miseria, no son en ninguna manera tristes. Pobreza asoleada, desnudez de las cosas vanas, la vida en aquel hogar transcurría idílicamente. Era pobreza pero no necesidad; todo lo que faltaba allí parecía faltar por sobriedad más que por miseria. «Bohemia? No! Nada de miserias afecta las. Pobreza grande, continúe, honesta. Ensayo de moral primitiva, de Buda ó de Jesús», resume Bertotto. E insiste particularmente sobre la pobreza de Barrett, pobreza elegida voluntariamente, porque ella demuestra la rara energía de aquel hombre que pudiendo haberlo sido todo en el Paraguay, prefirió hacer un ideal de la pobreza como aconseja William James. Unas cuantas palabras servirán para explicar por qué Barrett fué tan duro, tan poco cuidadoso con los suyos y consigo mismo. «El hombre que se sacrifica por su hijo, por su compañera ó por su padre—dice en el libro *Ideas y Críticas*—no es tan grande como el que se sacrifica por un desconocido. En la familia hay mucho nuestro. Al defenderla defendemos en parte lo nuestro. Defender y amar lo completamente ageno es sublime.»

Y llegamos a otro capítulo interesante: el coraje, el valor personal de Barrett. En el Paraguay, en que tan frecuentes son los cuartelazos, y en que se rinde un culto casi brutal al coraje, el valor de Barrett era extraordinariamente admirado. «Había en todos elogio para su talento y coraje», dice Bertotto. Cuando inició la publicación de «Lo que son los verbales», por poco provocó una revolución. «Estas verdades, harto conocidas—dice Bertotto—causaron estupor». Hubo diputados que prometieron ocuparse en el Parlamento, hubo ofertas de «La Industrial Paraguaya» y hubo, como es de suponer, oposición y persecución del gobierno. Habían alquilado un teatro para realizar un mitín y el teatro no les fué cedido después por instigación de los capitalistas yerbateros. Editaron entonces un manifiesto y a Bertotto lo sorprendieron fijándolo en las paredes y lo condujeron preso. En la policía le exigieron que se responsabilizara por lo que contenía el manifiesto y Bertotto se responsabilizó, presentándose entonces Barrett a solidarizarse y responsabilizarse a su vez. Llegó el día del mitín y en un terreno baldío habló Barrett con peligro para su vida. Pero aquí se entra de lleno a la vida activa de propagandista de Barrett. Este empezó a publicar *Germinal* con Bertotto, siendo *Germinal* íntegro de él, apareciendo todo Barrett en él, como lo confiesa Bertotto mismo, desde el editorial hasta e «epifonema», que era una sucesión de glosas satíricas é irónicas con que cerraba Barrett el periódico. También daba conferencias. «La palabra de Barrett, simiente fértil—dice Bertotto—producía el examen en el auditorio. En la improvisación convenía a golpes de luz. No llevaba método, pero sus conocimientos daban orden al discurso. Hablaba sencilla, familiarmente hasta que la fatiga le vencía. Su enfermedad le obstaculizaba pero sin quebrantarlo. Abandonaba el lecho para cumplir el compromiso. En estado grave habló sobre la Miseria. La palidez de su semblante reflejaba su mal, y el bárbaro desfile de cifras y de hechos en que apoyó su crítica agitaba su imaginación. Deseamos ese día que terminara...»

Un obrero de civilización tan activo, un propagandista tan valeroso de las nuevas ideas que agitan al mundo proletario, no podía dejar de llamar la atención en el Paraguay. Así cuando el mo-

tín militar del coronel Albino Jara, del 2 al 5 de Julio de 1908, derrocó al gobierno existente, en el despacho del jefe de policía se encontró el principio del borrador de una nota que decía textualmente: «Tengo el honor de dirigirme a V. S. poniendo en su conocimiento que existiendo en esta capital varios individuos clases, de los cuales, unos son de malísimos antecedentes, socialistas exaltados, otros, y muchos anarquistas que se ocupaban tan sólo de cimentar sus ideas, etc., ha llegado la oportunidad que el H. C. N. dicte una ley que «debe comprender al ladrón anarquista, socialista y agitador huelguista *Rafael Barrett*...» Como se ve, con pequeñas diferencias de redacción, la nota del jefe de policía de la Asunción era más ó menos la nota de un jefe de policía de Buenos Aires, y de su tenor podemos sacar en limpio lo que trabajó Barrett por la causa de los desheredados y como propagandista activo. Por una extraña coincidencia el mismo día que se encontró en el despacho del jefe de policía aquella nota pidiendo la expulsión de Barrett, Barrett recibía de la Municipalidad esta otra nota:

«El Intendente Municipal impulsado por un sentimiento de justicia, se complace en transmitirle sus expresiones de caluroso aplauso y efusivo agradecimiento por el valioso concurso que usted aportara recogiendo los muertos y heridos del sitio de la lucha durante la última contienda armada.

«La misión difícil y altamente humanitaria y honrosa que usted se ha impuesto, cumpliéndola con excesivo celo, le hace merecedor del aplauso y la consideración pública, máxime cuando en el desempeño de su cometido ha dado elocuentes pruebas de valor y abnegación, poniendo su vida en constante é inminente peligro.

«Quiera usted aceptar estas expresiones de reconocimiento, y aprovechando la oportunidad le es grato saludarle, etcétera.—Eduardo Schaerer.—Eliseo de Rosa, secretario.»

«El ladrón anarquista, socialista y agitador huelguista, Rafael Barrett, había sido el único que mientras duró el combate, bajo el fuego de los cantones, recogía y conducía los heridos con sus débiles brazos! La «Cruz Roja» no existía en la Asunción. La «Cruz Verde» prudentemente no aparecía tampoco... Barrett conducía los heridos y cuando, á pedido del Director de la Asistencia, iba en un coche, guiado por Bertotto, en busca de colchones ó mantas para los heridos, la caballería del comandante Báez les hizo fuego, á pesar de la bandera blanca, matándoles un caballo y salvando ellos de milagro. «Barrett, furioso, se retiró á su casa», dice Bertotto.

Debido á la caída del gobierno que había resuelto su expulsión, Barrett no fué todavía expulsado. Muy enfermo retiróse al interior del país, á reconstruir su vida y Bertotto quedó en la Asunción, con el periódico. A los tres números se lo cerró el gobierno. Bertotto fué preso y maniatado, encadenado, el comandante Goiburú, entonces ministro de la guerra, cometió con él la violencia sin nombre, de que Bertotto no hace sino somera referencia, de pretender que se *comiera* el periódico... Cuando Barrett lo supo, le escribió á la prisión: «No puedo recordar las infamias que hicieron con usted—los cobardes—sin perder la serenidad y olvidarme de esta máxima: «que nada hay más estéril que la ven-

ganza, y que, por mucho que nos hieran, no debemos cerrar las manos para golpear con ira, sino abrirlas siempre, en el gesto santo del sembrador que nos las claven, pero abiertas! Apresúrese á regresar á la Asunción Y publicó y re-partió por sí mismo el célebre manifiesto «Bajo el terror», en la época misma en que la dictadura del coronel Jara era más infame y oprobiosa.

«Llego del campo donde reina el terror. Los campesinos, pobres bestias asustadas se refugian en los montes, apenas se sospecha que el Gobierno piensa ocuparse del distrito, y las mujeres descalzas, medio desnudas, madreces tristes con sus flacas crías á cuestas, caminan por los polvorientos, los interminables senderos, caminan, blancos espectros del hambre, á traer al macho perseguido algo que roer.

«En la capital reina el terror. Aquí las madres, las hembras tristes, llaman á las puertas de las prisiones, temblando al oír la fúnebre respuesta: «Se lo han llevado ya». Y por todas partes la amenaza de espionaje, la recomendación sigilosa: «Cállese usted, no diga nada, no hable, no se pierda.»

«Es que en el gobierno reina el terror, y no hay cosa tan cruel como el miedo, cuando tiene el miedo las armas en la mano. El terror del Gobierno, hermano del terror que sentía el doctor Francia y los López, ve un conspirador en cada ciudadano libre, y sorprende complots en que han entrado á la vez personas de distinta filiación política, el doctor Audibert, el médico Romero Pereyra y José Bertotto. ¡Ay! Si fuéramos á escuchar al gobierno, todo el país estaría en contra suya, incapaz de sufrirlo al cabo de tres meses. No, no existe semejante unanimidad, no hay, tranquilizaos, opinión pública. No hay más que terror.

Pero he aquí que yo no tengo terror. Yo hablaré.»

Preso en el cuartel de Artillería, en el famoso cuartel de Artillería, campo de todas las acciones terroristas del coronel Jara, ejecutadas con infelices soldados y desde el cual aquel había subido al poder, Barrett, con un coraje y una bravura sin igual, mientras no fué comunicado, clamó, sin cuidarse para nada de los centinelas que le abocaban sus fusiles, que «el deber de todo escritor en cualquier momento, es reclamar justicia.» Y con una audacia que desorientó á sus mismos carceleros, llamó al juez del crimen y acusó al coronel Jara de «haber hecho sufrir por su propia mano, en el mismo cuartel que se encontraba, á varios oficiales, y de haber muerto al sargento Apolinario Espínola, que sucumbió bajo los azotes.» Se le comunicó, concluye Bertotto, y merced á la intervención del Ministro de Norte América, fué expulsado.

Esta es, en síntesis, la vida de Rafael Barrett en el Paraguay, tal cual la ha relatado Bertotto en su conferencia en el Ateneo de Santiago de Chile. Faltan, como es natural, muchos pequeños hechos, detalles; pero, por lo expuesto, podemos darnos una idea de la personalidad completa de Barrett, completa en el sentido de que hubiera satisfecho al mismo Carlyle, quien confiesa «no tener idea de ningún hombre verdaderamente grande que no pudiera ser en todo un hombre.» Debemos agradecer á Bertotto su precioso aporte para alcanzar á comprender la personalidad de Barrett. Hay muchos que separan la obra del obrero. Los filisteos, que aceptan

la obra pero rechazan al obrero, abundan, son legión. Convendría ver hasta qué punto, por ejemplo, la obra misma es realización del obrero.

Convendría ver, por ejemplo, hasta qué punto el teatro de Florencio Sánchez es la realización en la escena de las luchas, los pensamientos, los deseos de Florencio Sánchez en otros planos, en vez de considerarlo obra de ficción total.

Convendría saber lo que influyen las ideas de los hombres, los ideales, los sentimientos que los impulsan, hasta para producir estas obras consideradas de ficción.

(Recorte)

A la emancipación de los trabajadores, es decir, a la elevación de participantes en la riqueza social, a la destrucción del privilegio, a la reorganización racional y científica de la sociedad, más que la suma de los privilegiados y el cúmulo de poder que poseen, se opone el atavismo, ese enemigo que todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, ilustrados e ignorantes, hombres y mujeres, llevamos dentro de nuestro ser, especie de espíritu del mal que nos inspira indiferencia, resistencia y hasta odio, según los casos y los caracteres, hacia todas las novedades racionales y científicas que contrarían nuestras creencias o nuestras costumbres.

Contra el atavismo, raíz de la rutina, cadena que nos sujeta y retiene en un estado social que, si representa un progreso beneficioso respecto de estados anteriores, resulta un grave perjuicio si se estaciona, está el conocimiento, impulsor de la actividad, único y positivo redentor que destruye obstáculos y abre vía franca, iluminada por la verdad, embellecida por el arte, justificada por la ciencia.

Desvanecer atavismos y difundir conocimientos fué y será siempre el trabajo más importante que pueda realizar todo revolucionario; sin él, la revolución misma, esos movimientos que se producen en determinadas épocas para abrir paso en el callejón sin salida de un estado político-social incómodo, caen en nuevas injusticias que se cubren con la justificación del oportunismo, causante de esas grandes decepciones productoras del escepticismo y del pesimismo que consumen generaciones y generaciones perdidas para el bien y la felicidad.

Anselmo Lorenzo.

El Estado

Adónde ha de dirigirse especialmente nuestro esfuerzo es a la supresión de todo lo que recuerde al Estado. La revolución deberá encontrarnos suficientemente evolucionados, en este sentido, para poder pasarnos sin Estado en la sociedad del porvenir.

Donde existe una institución, sea del carácter que sea, existe, en formación, el Estado. Todo está en que la institución llegue a hacerse fuerte, tan fuerte que organice la vida, se entrometa en nuestras relaciones y se apropie, por fin, de todas las funciones que hoy ejerce el Estado. Además, desde que nace, toda institución es un peligro para los individuos libres, pues éstos pueden ser perseguidos o proscritos. Esto acabamos de verlo con la Confederación Anarquista que derribamos, hasta el cimiento, en otra parte de este periódico.

Las mismas razones que tenemos para negarnos a elegir un mandatario, porque no queremos ser mandados más, las tenemos para rechazar la in-

vitación de los que nos llaman a crear de estos organismos que nos tiranizarán después. Residual es de lo que vemos hacer todos los días a nuestro alrededor, el creer, como creen algunos, que con algunas bases unificadas y algunas diferencias de grado—dos ó tres—en lo que concede ó puede conceder el Estado, el sindicato ó la Federación Obrera, etc., ya está resuelto el problema de una organización libertaria... Este es un grande error. El problema de la organización libertaria, en cuanto pueda llamarse así al mutuo acuerdo en que puedan vivir los anarquistas de una comarca, de una región ó del mundo entero, no va á resolverlo ninguna institución, de estas de bases unificadas, sino la ausencia de toda institución.

No es de "esos"

No podemos pensar en la renuncia del general Dellepiani á la jefatura, sin alegría. Que nos disculpen. Se nos llena la garganta de agua de risa y el recuerdo nos trae á la pluma un símil regocijado: ¡qué se cree que yo soy de esos!—le dicen á uno las hembras fáciles, antes que uno piense en eso. Y que se cree que yo soy de esos, le ha dicho á su Excelencia el Jefe de Policía...

En ambos casos, eso es lo que ni se dice, por lo mismo que ya está en la conciencia como plomo. Y en ambos casos el que más cascabelea es el más necesitado, á no ser que, como caballo «patria», de puro enfermo del lomo esté á las lomeadas antes que se le enhorqueten, al amago.

Y bueno. Por no ser de esos, el general Dellepiani ha renunciado á la jefatura. Ha renunciado—dicen—porque su honor de hombre de espada y de cátedra le impedía desempeñar el papel de hombre de alcoba; ¡que se creen que el jefe es de esos!

Se nos llena la garganta de agua de risa. Que nos disculpen. Si el general Dellepiani no es de esos, es de los otros, de fijo; de los que de puro enfermos del lomo, andan toda la vida á las lomeadas...

Parábola del encenagamiento

Hacia un calor sofocante. Un hombre vió en la falda de un ribazo una viña cargada de racimos, y como tenía sed, concibió el deseo de apagarla con el fruto de la viña.

Mas, entra ella y él, se extendía un pantano fangoso que era indispensable atravesar para llegar al ribazo, y el hombre no se atrevía á hacerlo.

Acosado por la sed, sin embargo, se dijo: Quizá el pantano no sea muy profundo. ¿Qué peligro hay en que yo lo explore, como lo habrán hecho ya otros? No manchará más que mi calzado y el daño, después de todo, no será mucho.

Dicho y hecho. Entra en el pantano y su pie se hunde en el cieno infecto, que bien pronto le llega hasta la rodilla.

Entonces se detiene, vacila, y se pregunta si no le convendría más volverse. Pero la viña está á la vista y por otra parte siente que su sed aumenta.

¿Por qué—se dice—después de lo que he avanzado he de volverme atrás? ¿Qué puede sucederme? Por un poco más ó menos de fango no vale la pena de detenerse y por lo demás, nada me impedirá lavarme en el riachuelo...

Este pensamiento lo decide. Avanza y cuanto más anda, más se hunde en el fango. Primero es la cintura, después el pecho, luego el cuello, luego los brazos y el fango en fin le cubre la cabeza. Ahogándose, un esfuerzo desesperado le salva y le pone al pie del ribazo.

Cubierto de un lodo negro, que goatea de todo su cuerpo, alcanza el fruto codiciado y come hasta hartarse. Después, incomodado por el hedor y avergonzado de sí mismo, se despoja de sus vestidos y busca con ansia un poco de agua clara donde lavarse.

Pero aún después de haberlo hecho conserva el hedor: el vapor del pantano ha penetrado su carne y sus huesos, y lo exhala incesantemente, formando á su alrededor una atmósfera fétida é insoportable. Adónde quiera que se aproxime todos se alejan, diciendo:

«Pues se ha convertido en reptil, que vaya á vivir entre reptiles.»

Lamennais.

Ruth

En aquel tiempo gobernaban los jueces y hubo hambre en Israel. Muchas familias abandonaban sus tierras estériles, y peregrinaban á lejanas tribus, en busca de campos donde siquiera pudieran espigar, porque Dios ha dicho «no acabarás de segar el rincón de tu haza, ni espigarás tu segada, ni buscarás tu viña, ni cogerás los granos caídos de tu viña; para el pobre y para el extranjero los dejarás».

Partieron, pues, de su pueblo Noemi, su marido y sus dos hijos, y llegaron á las campiñas de Moab, donde se sustentaron; allí se casaron ambos hijos, pero el padre murió; ellos también, y Noemi, extranjera y miserable, quedó desamparada. Y habiendo oído que Dios daba pan á Bethelehem, Orpha y Ruth, la acompañaron por el camino algún tiempo, y Noemi les dijo:

—Vuelva cada una á casa de su madre, y Dios os haga misericordia, como la hicisteis con los muertos y conmigo. Ellas lloraron y respondieron:

—Volveremos contigo á tu pueblo.

—¿Por qué habéis de volver? ¿Tengo yo más hijos en el vientre que puedan ser vuestros maridos? Soy vieja, y aunque tuviera esperanza de concebirlos, ¿habíais vosotras de esperarlos hasta que fuesen grandes? Habíais de quedaros sin casar por amor de ellos? No, hijas mías; volved; mayor es mi amargura que la vuestra.

Orpha se volvió á Moab, pero Ruth se quedó con Noemi, diciéndola:

—No me ruegues que te deje, y me aparte de tí; porque donde quiera que tú fueres, iré; y donde quiera que vivieres, viviré. Tu pueblo, mi pueblo. Tu Dios, mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada.

Cuando las dos viudas llegaron á Bethelehem, las gentes exclamaban: ¿No es esta Noemi? y Noemi contestaba:

—Noemi soy, que me fui de aquí llena, y vacía me ha vuelto Dios.

Era el principio de la siega de la cebada y del trigo. Noemi y Ruth tenían hambre, y Ruth se fué á espigar los campos. Sin saberlo, entró en el de Booz, rico pariente del marido de Noemi, y se puso á caminar en pos de los segadores. Booz la vió y la dijo:

—Oye, hija mía, no vayas á coger á otro campo; aquí estarás con mis mozas. Síguelas; he mandado á los mozos que no te toquen. Y si tienes sed, ve á los vasos, y bebe del agua que sacaren los sirvientes.

Ella entonces, inclinando su dulce rostro á tierra, dijo á Booz:

—No soy más que un ave fatigada. ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos, por qué me conoces, siendo yo extranjera?

—Porque dejaste á tu padre y á tu madre y la tierra en que naciste, y no dejaste sola á Noemi. Estás bajo las alas de Dios. A la hora de comer, allégate á nosotros y come el pan y moja tu bocado en el vinagre.

Y añadió disimuladamente á sus criados:

—Que coja también de las gavillas; no la reprendáis. Antes bien, echad de los manojos á sabiendas y guardaos de avergonzarla.

Aquel día, Ruth comió y se hartó y llevó á Noemi un epha entero de cebada, y la esperanza brilló sobre las dos mujeres.

Mientras segaron, Ruth se juntaba, pues, con las mozas de Booz, y habitaba con su suegra Noemi. Pero la siega terminó, y Ruth pensaba:

—¿Qué será de nosotras? Si mi suegro viviera, Booz, su pariente, redimiría sus tierras según la ley y levantaría la casa, y también lo haría si tuviera mi marido. ¿Mas no soy yo digna de llamarme hija de Noemi? ¿No habrá ley para la extranjera? ¿No habrá piedad?

Era la noche en que se aventaba la parva de las mieses. Por consejo de Noemi, Ruth se lavó y se ungió; entróse en los campos, y habiendo aguardado á que Booz durmiera, se deslizó hasta él, junto á la parva, á favor de la sombra, y se acostó á sus pies en silencio. ¡Oh, paz de las estrellas! ¡Oh, bálsamo del espacio sin fin, de la naturaleza más pura ante una humanidad más joven! El misterio respiraba. Booz, en la media noche, se estremeció y vió la mujer á sus pies tendida...—¿Quién eres?—Yo soy Ruth, tu sierva; y si tú eres mi redentor, extiende el borde de tu manto sobre mí.—Bendita seas, hija mía; reposa hasta la mañana.—Y Ruth reposó á sus pies hasta la mañana y huyó antes de que nadie pudiese conocer á otro.

Booz redimió las tierras, tomó á Ruth por mujer, y tuvo un hijo. Las mujeres decían, viéndolo á Noemi:—No te faltó redentor que restaure tu alma y sustente tu vejez. Más te vale tu nuera que siete hijos.—Y Noemi puso á su nieto en su regazo, y olvidó los dolores de otro tiempo.

Demos á la poesía lo que es de la poesía. La Biblia es el libro sagrado siete veces, no por ser divino,—¡oh, no!—sino por ser humano, porque en esa inmensa historia de nuestras miserias y de nuestros sueños, se alzan gritos salidos de nuestra carne desnuda.

Rafael Barret.

“El Manifiesto”

A los compañeros del interior, sociedades obreras y grupos anarquistas.

Quedándonos algunos ejemplares del 2.º, 3.º y 4.º número de EL MANIFIESTO, devueltos por los vendedores, hemos destinado entre todos, unos 500, para ser distribuidos gratuitamente entre los que no lo han podido adquirir, por su elevado precio, y entre los que no lo conocen todavía.

Los compañeros, grupos ó sociedades que deseen repartir algunos, pueden hacer sus pedidos á R. González Pacheco, Montes de Oca 1672 que les serán remitidos absolutamente gratis y con el franqueo por nuestra cuenta. Deseamos dar la mayor difusión posible á nuestra hoja y no cobramos absolutamente nada, pues se trata de números que han cubierto totalmente su costo.

Epistolario de Fradique Mendes

A Guerra Junqueiro

París, mayo.

Mi caro amigo:—Su carta rebosa ilusión poética. ¡Suponer, como usted cándidamente supone, que hiriendo con versos (aún como los suyos, más rutilantes que las flores de Apolo) a la Iglesia, a la Liturgia, al Papa, a las Sacristías, al ayuno de los viernes y a los huesos de los Mártires, se puede «desenterrar a Dios del aluvión sacerdotal» y elevar al Pueblo (en el Pueblo de seguro incluye usted a los consejeros de Estado) a una comprensión pura y abstracta de la Religión, a una religión que consista apenas en una Moral apoyada por la Fe, es tener de la Religión, de su esencia y de su objeto, una ilusoria idea de soñador obstinado en fantasear!

Mi buen amigo, una Religión a la que se le elimine el Ritual, desaparece, porque las religiones para los hombres, (con excepción de los raros Metafísicos, Moralistas y Místicos) no pasa de un conjunto de Ritos, mediante los cuales cada pueblo procura establecer una comunicación íntima con sus dios, y obtener de él favores. ¡Este, y sólo este, ha sido el fin de todos los cultos, desde el más primitivo, desde el culto de Indra, hasta el culto reciente del Corazón de María, que tanto escandaliza en su parroquia ¡oh incorregible beato del idealismo!

Si usted lo quiere comprobar históricamente, deje Vianna do Castello, tome un bordón y suba conmigo por esa antiedad arriba hasta un lugar bien cultivado, bien regado, que se extiende entre el río Indo, las escarpas del Himalaya y las arenas de un Gran Desierto. Estamos aquí, en Septa-Sindhú, en el país de las Siete-Aguas, en el Valle Feliz, en la tierra de los arios. En el primer poblado en que paramos ve usted sobre un otero un altar de piedra cubierto de musgo fresco. Encima brilla sólidamente un fuego lento, y en torno cruzan hombres vestidos de lino, con los largos cabellos prendidos por un aro de oro fino. ¡Son curas, mi amigo! Son los primeros capellanes de la humanidad, y cada uno de ellos, en esta cálida alborada de mayo, está celebrando un rito de la misa Aria. Uno limpia y desbasta la leña que ha de alimentar el fuego sagrado; otro machaca en un almirez á golpes que deben resonar «como tambor de victoria» las hierbas aromáticas que dan la *Somma*; éste, como un sembrador, arroja granos de avena en torno del ara; aquél, á un lado y levantando al cielo las manos, entona un cántico austero. Estos hombres, amigo mío, están practicando un rito que encierra en sí toda la religión de los arios, y que tiene por objeto hacer propicio á Indra; Indra, el Sol, el Fuego, la potencia divina que puede llenar de ruinas y de dolor el corazón del ario, sorbiendo el agua de los riegos, abrasando los pastos, difundiendo la pestilencia de las lagunas, haciendo á Septa-Sindhú más estéril que «el corazón del malo»; ó que puede, derriñendo las nieves del Himalaya y soltando con un golpe de fuego «la lluvia latente en el vientre de las nubes», restituir el agua á los ríos, la verdura á los prados, la salubridad á las lagunas, la alegría y la abundancia á la morada del ario. Trátase, pues, sencillamente, de convencer á Indra de que, siempre propicio, derrame sobre Septa-Sindhú todos los favores que puede apetecer un pueblo rural y pastoril.

No hay aquí ni Metafísica, ni Ética, ni explicaciones sobre la naturaleza de los dioses, ni reglas para la conducta de los hombres. Hay meramente una Litur-

gia, una totalidad de Ritos, que el ario necesita conservar para que Indra le atienda, una vez que por la experiencia de generaciones se comprobó que Indra sólo escucha, sólo otorga los beneficios pedidos cuando en torno de su altar ciertos viejos de cierta casta, vestidos de cándido lino, le elevan cánticos dulces, le ofrecen libaciones, amontonan á sus pies dones de fruta, miel y carne de recental. Sin dones, sin libaciones, sin cánticos, sin recental, Indra, enfurruñado y sumido en el fondo de lo invisible y de lo Intangible, no descenderá á la tierra á derramar su bondad. Y si de Vianna do Castello llega un Poeta á derribar al ario su altar de musgo, su leña sacrosanta, el almirez, la criba y el vaso de *Somma*, el ario quedará sin medios de propiciar á sus dios, desatendido de sus dios, y será en la tierra como el pequeño huérfano ó quien nadie alimenta y cuyos pasos nadie ampara.

Esta Religión primitiva es el tipo absoluto é inalterable de las religiones, que todas por instinto respetan, y en el que todas (á pesar de los elementos extraños de Teología, de Metafísica, de Ética que le sugieren espíritus superiores) acaban por resumirse con reverencia. En todos los climas, en todas las razas, ó divinizando las fuerzas de la Naturaleza ó divinizando el Alma de los Muertos, las religiones, amigo mío, consistirán siempre prácticamente en un conjunto de fórmulas por las cuales el hombre sencillo procura alcanzar de la amistad de Dios los bienes supremos de la salud, la fuerza, la paz, la riqueza. Y aun cuando, ya más creyente en el esfuerzo propio, pida esos bienes á la higiene, al orden, á la ley y al trabajo, persiste en los ritos propiciatorios para que Dios ayude su esfuerzo.

Lo que usted observó en Septa-Sindhú podría comprobarlo igualmente deteniéndose (antes de regresar á Vianna á beber ese vino verde de Monção al que usted entona ditirambos), en la Antigüedad clásica, en Atenas ó Roma, donde quiera, en el momento de mayor esplendor y cultura de las civilizaciones greco latinas. Si usted pregunta allí á un antiguo, sea un alfarero de Suburra, sea el propio *Flamen Dialis*, cuál es el cuerpo de doctrinas y de conceptos morales que componen la Religión, sonreirá sin comprenderle. Y responderá que la religión consiste en *pacem deorum quaerere*, en apaciguar á los dioses, en asegurar la benevolencia de los dioses. En la idea del antiguo esto significa cumplir los ritos, las prácticas, las fórmulas que una larga tradición demostró que eran las únicas que logran llamar la atención de los dioses y ejercer sobre ellos persuasión ó seducción. Y en ese ceremonial era indispensable no alterar ni el valor de una sílaba en las Preces, ni el valor de un gesto en el Sacrificio, porque de otro modo el dios, no reconociendo el Sacrificio de su predilección ni la Prez de su agrado, permanecía desatento y ajeno, y la Religión falseaba su fin supremo: influir en dios. ¡Peor aún! Pasaba á ser la Irreligión; y el dios, viendo en esa omisión de la liturgia una falta de reverencia, lanzaba en seguida desde las alturas los dardos de su cólera. La obediencia de los pliegues en la túnica del Sacrificador, un paso dado á la derecha ó á la izquierda, el caer lento de las gotas de la libación, el tamaño de las astillas de la lumbre votiva, todos estos detalles estaban prescriptos inmutablemente por los Rituales, y su exclusión ó su alteración constituía impiedad. Constituían verdaderos crímenes

contra la patria, porque atraían sobre ella la indignación de los dioses. ¡Cuántas legiones vencidas, cuántas ciudades derrumbadas sólo porque el Pontífice dejara perder un átomo de ceniza del ara, ó porque el Aráspice no arrancara bastante lana de la cabeza del cordero! Por esto Atenas castigaba al sacerdote que alterase el ceremonial, y el Senado destituía á los Cónsules que cometían un error en el sacrificio, así fuese tan ligero como retener la punta de la toga sobre la cabeza cuando debía descansar en el hombro. De suerte que usted, en Roma, lanzando doradas ironías contra la Divinidad, sería tal vez un grande y admirado Poeta Cómico, pero satirizando como en la *Velhice do Padre Eterno*, la Liturgia y el Ceremonial, sería un enemigo público, un traidor al Estado, arrojado á las mazmorras del *Tuliano*.

Y si, harto de esos tiempos antiguos, quisiese usted volver á nuestros filosóficos días, encontrará en las dos grandes Religiones del Occidente y del Oriente, en el Catolicismo y en el Budismo, una comprobación todavía más saliente y más viva de que la religión consiste intrínsecamente en las prácticas, sobre las cuales la Teología y la Moral se superpusieron, sin penetrar en ellas, como un lujo intelectual accesorio y transitorio, flores puestas en el altar por la imaginación ó por la virtud idealista.

El Catolicismo (nadie lo sabe más curiosamente que V.) está hoy resumido en una corta serie de observancias materiales, y sin embargo no hubo jamás Religión dentro de la cual la Inteligencia levantara más elevada fábrica de conceptos teológicos y morales. Esos conceptos, sin embargo, obras de doctores y de místicos, nunca salieron propiamente de las escuelas y de los monasterios, donde eran preciosa materia de dialéctica ó de poesía, nunca penetraron en las multitudes para gobernar metódicamente los juicios y gobernar conscientemente las acciones. Reducidos á catecismos, á cartillas, ese cuerpo de conceptos fué recordado por el pueblo; pero nunca se persuadió el pueblo de que tenía Religión y de que, por tanto, «agradaba á Dios, servía á Dios», sólo con guardar los diez mandamientos, fuera de todas las prácticas y de toda la observancia ritual. El sólo y él mismo adornó esos «Diez Mandamientos» y las «Obras de Misericordia» y los otros preceptos morales del Catecismo con la idea de que sus versículos, «recitados por los labios», tenían, por una virtud maravillosa, el poder de atraer la atención, la benevolencia y los favores del Señor. Para «servir á Dios», que es el medio «de agradar á Dios», lo esencial fué siempre oír misa, rezar el rosario, ayunar, comulgar, hacer promesas, dar tónicas á los santos, etc. Sólo por estos ritos y no por el cumplimiento moral de la ley moral, se tiene propicio á Dios. Esto es, se alcanzan de él los dones inestimables de la salud, de la felicidad, de la riqueza, de la paz. El mismo Cielo, el mismo Infierno, sanción extraterrestre de la ley, jamás en la idea del pueblo se ganaba ó se evitaba por la puntual obediencia á la ley. Y quizá con razón, por lo mismo que en el Catolicismo el premio y el castigo no son manifestaciones de la *justicia* de Dios, sino de la *gracia* de Dios. Luego la gracia en el pensar de los sencillos, sólo se obtiene por la constante práctica de los preceptos, la misa, el ayuno, la penitencia, la comunión, el rosario, la novena, la oferta, la promesa. De suerte que en el catolicismo del *miñoto*, como en la reli-

gión aria; en Septa-Sindhú, como en Carrizada d'Anceias, todo se reduce á tener á Dios propicio por medio de prácticas que le cautiven. Aquí no hay ni Teología ni Moral. Hay el acto del infinitamente débil, queriendo agradar al infinitamente fuerte. Y si V., para purificar este catolicismo, elimina el cura, la estola, las vinajeras y el agua bendita, todo el Rito y toda la Liturgia, el católico abandonará inmediatamente una Religión que no tiene iglesia visible y que no le ofrece los medios simples y tangibles de comunicar con Dios, de obtener de él los bienes trascendentes para el alma y los bienes sensibles para el cuerpo. Entonces el Catolicismo habrá acabado, millones de seres habrán perdido á su Dios. La Iglesia es el vaso de que Dios es el perfume. Iglesia rota, Dios volatilizado.

Si tuviésemos tiempo de ir á China ó a Ceilán, tropezaría V. con ese mismo fenómeno en el budismo. Dentro de esa Religión fué elaborada la más alta de las Metafísicas y la más noble de las Morales; pero en todas las razas en que penetró, en las bárbaras, ó en las cultas, en las horcas del Nepal ó en el mandarinato chino, siempre consistió para las multitudes en ritos, ceremonias, prácticas, la más conocida de las cuales es el molino de café, y en todos los países budistas lo verá V. colocado en las calles de las ciudades y en las encrucijadas de los campos para que el devoto, al pasar, dando vueltas á la manivela, pueda hacer chocar dentro las oraciones escritas, comunicando con Buda, que por ese acto de cortesía trascendente «le será grato y le aumentará los bienes».

Ni el Catolicismo ni el Budismo van por este hecho en decadencia. ¡Al contrario! Están en su estado natural y normal de Religión. Cuando más se materializa una Religión más se populariza, y, por tanto, más se diviniza. ¡No se espante! Quiero decir que cuanto más se desembara de sus elementos intelectuales de Teología, de Moral, de Humanitarismo, repeliéndolos hacia sus naturales regiones, que son la Filosofía, la Ética y la Poesía, tanto más coloca al pueblo cara á cara á su Dios, en una unión directa y simple, tan fácil de realizar, que, con un mero cerrar de ojos, un sencillo balnear, un Padre-Nuestro, el hombre absoluto, el que está en el cielo, viene al encuentro del hombre transitorio, que está en la tierra. Y este encuentro es el hecho esencialmente divino de la Religión. Y cuanto más ésta se materializa, más en realidad se diviniza.

Sin embargo, V. dirá (ya de hecho lo dice:) «Hagamos esa comunicación puramente espiritual, y que, limpia de toda exterioridad litúrgica, sea apenas como el espíritu humano hablando al espíritu divino». Mas para esto es necesario que venga el *Milenio* en que cada cavador sea un filósofo, un pensador. Y cuando llegue ese detestable *milenio* y cada coche de plaza éste gobernado por un Mallebranche, habrá V. de añadir á esa perfecta humanidad masculina una nueva humanidad femenina, fisiológicamente diferente de la que hoy embellece la tierra. Porque mientras haya una mujer constituida física intelectual y moralmente como la que Jehová con tan grande inspiración de artista hizo de la costilla de Adán, habrá siempre al lado de ella, para uso de su flaqueza, un altar, una imagen y un cura.

Esa comunicación mística del Hombre y de Dios que V. quiere nunca podrá ser sino el privilegio de una *elite* espi-

ritual, deplorablemente limitada. Para la vasta masa humana, en todos los tiempos, pagana, budista, cristiana, mahometana, salvaje o culta, la Religión tendrá siempre por fin, en su esencia, la súplica de los favores divinos y el aplacamiento de la cólera divina; y como instrumentos materiales para realizar estos fines, el templo, el cura, el altar, los oficios, los ornamentos, la imagen. Pregunte á cualquier hombre mediocre salido de las turbas, que no sea un filósofo, un coralista ó un místico, que es la Religión. El inglés dirá: «Es ir los domingos al oficio bien vestido á cantar himnos». El hindú dirá: «Es hacer *pujah* todos los días y dar el tributo al *Mohadeo*». El africano dirá: «Es ofrecer al *Mulungú* su ración de harina y aceite». El *muñoto* dirá: «Es oír misa, rezar el rosario, ayunar los viernes, comulgar por Pascua». Y todos tendrán mucha razón! Porque su fin como seres religiosos consiste, exclusivamente en comunicarse con Dios, y esos son los medios de comunicación que sus respectivos estados de civilización y las respectivas liturgias ofrecen. ¡*Voilà!* Para Vd., claro está, y para otros espíritus escogidos, la Religión es otra cosa, como era otra cosa para Sócrates en Atenas y para Séneca en Roma. ¡Pero las multitudes no están formadas de Sócrates y de Sénecas, muy felizmente para ellas y para los que la gobiernan, incluyéndole á Vd., que pretende gobernarlas!

Por lo demás, ¡no se desconsuele, amigo! Aun entre los sencillos hay modos de ser religiosos enteramente desprovistos de Liturgia y de exterioridades rituales. Yo presencié uno deliciosamente puro é íntimo. Fué en las orillas del Zambeze. Un jefe negro llamado Lubenga, en visperas de entrar en batalla con un jefe vecino quiso comunicar con su dios, con su *Mulungú* (que era, como siempre, un abuelo suyo divinizado). Sin embargo, el recado ó la petición que deseaba enviar á su divinidad no podía transmitirse por los hechiceros y por su ceremonial; tan graves y confidenciales materias contenía... ¿Qué hace Lubenga? Llama á un esclavo, le da el recado pausado, lentamente al oído; comprueba bien si el esclavo lo comprendió y lo retuvo, é inmediatamente coge un hacha, corta la cabeza al esclavo y le grita tranquilamente: «¡Parte!» El alma del esclavo partió, como una carta sellada y lacrada, hacia el cielo, hacia *Mulungú*. Pero á los pocos instantes el jefe se golpea con la mano la turbada testa; llama apresuradamente á otro esclavo, dilece al oído algunas rápidas palabras, coge el hacha, sepárale la cabeza y grita: «¡Vé!»

Faltaba algún detalle en su petición... El segundo esclavo era una *posdata*. Esta sencilla manera de comunicar con Dios debe regocijar su corazón. Amigo de él.

Fradique.

Para comprender todo el valor de esta carta de Fradique Mendes, es preciso haber leído la obra poética de Guerra Junqueiro, y en especial *Los Simples*, en cuya quinta edición portuguesa, el poeta ha agregado una nota en que explica que «precozmente llegado al ocaso de la vida, atravesando un período agudo, muy triste y doloroso, próximo á la muerte, en una ancianidad inenarrable, se sintió, como por encanto, electrizado de energías súbitas. El problema del *más allá* imponiase dilacerante y devorador á su naturaleza inquieta de religioso y de metafísico. Leyó con avidez millares de páginas. Miró á su alrededor en la naturaleza y la solución la creyó encontrar en el contacto espiritual de los hombres con Dios, que suponía ser

la liga de la vida sencilla y primitiva de los blancos labradores que pasan por todos los sufrimientos de una pesada vida, «sin una mirada de maldición para la naturaleza y sin una palabra de queja para el destino».

«El cristianismo de *Los Simples*, dice, es el inocente y dulce cristianismo popular, hecho en la ignorancia absoluta del Dogma y la intención humana de los Evangelios. Mis antiguas opiniones religiosas, en vez de modificarse, se acentúan cada día más. Redoblan en mí, con un desenvolvimiento progresivo de misticismo naturalista, la aversión y la hostilidad á la Iglesia católica, grosera fórmula materializada del divino espíritu de Jesús».

Pues bien, este «dulce é inocente cristianismo» de los labradores, está exento de la espiritualidad que el poeta le supone y como cumplidamente lo demuestra Fradique es, por el contrario, un catolicismo exterior, en que son los Ritos y las fórmulas dadas por la Iglesia — el arrodillamiento, los rezos, los velones—todo lo que saben de Religión, y nada más.

(Recorte)

«Sin duda, no es lógico imaginarse que los institutores sindicados puedan modificar inmediatamente la organización actual del servicio administrativo de la enseñanza primaria, ni desterrar en pocas horas los métodos y los programas impuestos. Pero no es aventurado afirmar que... por la influencia y la autoridad moral que han alcanzado, se impondrán en la opinión pública y llegarán á hacer prevalecer sus métodos y su concepto de la escuela popular. *El primer período de su desarrollo, el de la lucha cotidiana por el derecho de vivir sindicalmente, casi ha terminado.* Ahora empieza la parte más fácil de su labor; difícil será interceptar su marcha. (Artículo «Sindicato de institutores» del *Nuevo Diccionario de Pedagogía* de F. Buisson).»

La ciencia moderna y el anarquismo

El método inductivo-deductivo que empleamos en las ciencias naturales ha probado de tal modo su eficacia, que ha hecho posible en el siglo XIX, que el avance de la ciencia en una centena de años sea superior á los progresos realizados antes en el largo período de dos mil años. Cuando los hombres de ciencia empezaron á aplicarlo, en la segunda mitad del siglo, al estudio de las sociedades humanas, jamás tropezaron con ningún obstáculo que los obligara á repudiarlo ó hiciera necesaria la vuelta á la escolástica medioeval, resucitada por Hegel. Por otra parte, en el caso de algunos naturalistas que haciendo honor á su educación burguesa y estimándose continuadores del método científico de Darwin, proclamaron que «la destrucción del más débil era la ley de la Naturaleza», nos fué fácil probar primero que *no* fué esa la conclusión de Darwin, y empleando el mismo método demostrar después que esos temores científicos incurrían en error, que no existe semejante ley, que la Naturaleza nos ofrece una lección bien distinta, y que, en fin, sus conclusiones no son en modo alguno científicas.

Otro tanto puede decirse respecto á la afirmación que tratan de inculcar nos asegurando que la desigualdad de fortunas «es una ley de la Naturaleza»

y que la explotación capitalista representa la forma más ventajosa de organización social, pues, en efecto, á medio del método, tantas veces indicado, de las ciencias naturales, nos capacitamos para probarles que las llamadas *leyes* de la ciencia social burguesa, incluso la actual economía política, no son, en absoluto, tales leyes, sino simples supuestos ó afirmaciones que nadie, hasta ahora, ha tratado de verificar.

Una palabra más. La investigación científica es sólo fructífera á condición de que tenga un objeto definido, de que sea emprendida con el propósito de hallar la respuesta necesaria á una cuestión bien planteada. Y toda investigación es tanto más fructuosa cuanto más claramente se establecen las relaciones existentes entre el problema planteado y las líneas fundamentales de nuestra concepción general del universo. Cuanto más se acomoda á esta concepción general, más fácilmente se encuentra la solución que se busca.

Por consiguiente, el problema planteado por el anarquismo puede expresarse en los términos siguientes: «¿*Cuales son las formas sociales que garantizan mejor en tales y cuales sociedades y en la humanidad entera la mayor suma de felicidad, y por tanto, de vitalidad?*» «¿Cuáles formas de sociedad son las más aptas para conseguir que esa suma de felicidad se acreciente y desenvuelva, no solo en cantidad, sino también en calidad, es decir, para que esa felicidad se haga más completa y más variada, lo que equivale á darnos la fórmula del *progreso?*» El deseo de impulsar la evolución en este sentido es lo que determina la actividad social, científica y artística de los anarquistas. Y esta actividad, á su vez, precisamente á causa de su coincidencia con el desenvolvimiento social en idéntica dirección, se convierte en manantial de creciente vitalidad, de vigor, de sentimiento, de unidad con la especie humana y sus mejores fuerzas vitales, y por consecuencia de su mayor vitalidad y felicidad para el individuo.

Pedro Kropotkin.

Gran Pic-Nic

A total beneficio de «La Protesta»

Organizado por el Comité «La Protesta», que se efectuará el domingo 8 de diciembre de 1912 en la playa de los pescadores, (Isla Maciel).

Programa

Mañana.—1.º Marsellesa por la banda. 2.º Carrera de velocidad pedestre 500 metros. 3.º Partido de foot-ball entre Informe F. C. S. versus California Foot Ball donde se disputarán la copa «Sembrando Flores». 4.º Carrera de embolsados. 5.º Poesía recitada por la niña A. Luchenic. 6.º carrera velocidad 100 metros. 7.º Almuerzo.

Tarde.—1.º Himno de los trabajadores por la banda. 2.º Carrera de velocidad 300 metros. 3.º partido de foot ball en tres los clubs Argentino del Sur versus Sol Argentino, donde se disputarán la copa «La Protesta». 4.º Conferencia por R. González Pacheco. 5.º Poesía declamada por Antonio Carrasi. 6.º Baile familiar. 7.º Segundo «haff-time» del partido de foot ball.

Además del programa expuesto, los concurrentes hallarán otras diversiones como: ollas colgantes, hamacas, etc.

Funcionará un Bazar Rifa, siendo todas las cédulas premiadas.

Los intervalos serán amenizados por la banda.

Notas.—Las fiestas empezarán á las 6 a. m. y terminarán á las 6.30 de la tarde. Las familias pueden llevar sus meriendas á pesar de que habrá un «buffet» á precios reducidos.

Los tranvías más cómodos son los siguientes: de la línea Anglo Argentino los números 11, 12, 25, 28, 43, 63 y el de la línea del Puerto.

Los botes se tomarán en la esquina de Pedro Mendoza y Olavarría, (Boca) los que llevarán como distintivo una banderita colorada y saldrán de una escalera que tendrá una bandera y un cartel alusivo al acto.

Entrada 0.30 centavos.

Correo de «El Manifiesto»

E. W., Punta Alta. Recibimos giro pesos 5.80.

P. P., La Plata. Recibimos giro ps. 7. R. R., Santiago del Estero. Recibimos giro pesos 16.80.

E. L., Ingeniero White. Recibimos giro pesos 4.

J. L., Ciudad. Recibimos pesos 5, donación para «El Manifiesto».

T. G., Salta. Recibimos pesos 2 de «La Escuela Popular».

C. L. R., Rosario. Recibimos giro pesos 2.40.

E. F. T., Asunción, Paraguay. Recibimos de «La Protesta» pesos 15, argentinos.

D. F. R., Bahía Blanca. Recibimos giro pesos 5.50, 4 pesos para «El Manifiesto» y 1.50 por una suscripción á «La Protesta», que hemos entregado.

J. B. G., Monteros (F. C. N. O. A.). Recibimos giro pesos 5.

C. Y. R., Diamante (E. R.). Recibimos giro pesos 5.

S. F., Lomas. Recibimos giro pesos 5. E. G. Huinca Renancó. Recibimos pesos 5. Gracias. Enviaremos ejemplares como solicita.

J. B. Y., Trenque Lauquen. Recibimos giro por pesos 10.

J. Y., Bell Ville. Recibimos pesos 1. P. S., Puán. Recibimos giro pesos 2.40.

C. T., 25 de Mayo. De acuerdo. Enviámosle ejemplares. Fué carta.

F. D'A., Mercedes. Recibimos de «La Protesta» pesos 4.

Obras de Alberto Ghiraldo

En venta:

«Triunfos Nuevos» (versos); un volumen de 208 páginas, \$ 1. «Gesta» (proa); un volumen de 260 pg. (3ª edición) \$ 1. «Alma Gaucha» (drama en 3 actos) 2ª edición, \$ 0.50. «Alas» (comedia en 1 acto) \$ 0.50. «La Cruz», un volumen (drama en 3 actos en colaboración con Florencio Fernández Gómez) \$ 1.

«EL MANIFIESTO»

Suscripción adelantada

\$ 1.20 por trimestre

Todos los giros ó valores á

R. González Pacheco

Montes de Oca 1672